

La literatura de viajes en Colombia: de los cafetales al trópico

Travel literature in Colombia: from the coffee Belt to the tropics

Angélica González Otero*



Resumen

El género de la literatura de viajes a principios de siglo veinte en Colombia, pone de nuevo en cuestión el debate regional dentro de los procesos de construcción de la nación, evidenciando los imaginarios, en su mayoría estereotipados, que se han construido de algunas regiones del país a través del tiempo y que aún hoy permanecen como referentes establecidos en la memoria de los Colombianos. Este artículo analiza estos presupuestos a través del análisis de dos libros de viaje: *Viaje a pie* de Fernando González y *Cuatro años a bordo de mí mismo* de Eduardo Zalamea. Ambas obras dan cuenta de geografías apartadas y periféricas para el país de la época. Este artículo de reflexión es el resultado de la investigación realizada para la tesis de maestría en Literatura Latinoamericana presentada en enero de 2011 bajo el título: “La literatura de viajes en Colombia. Una aproximación al género a través de dos libros de viaje a principios de siglo veinte: *Viaje a pie* de Fernando González y *Cuatro años a bordo de mí mismo* de Eduardo Zalamea.”

Palabras clave: viajes, literatura, Colombia, regiones, Fernando González, Eduardo Zalamea, siglo veinte.

Recibido: 10 de agosto de 2010 - Aprobado: 15 de noviembre de 2010

* Profesional en Estudios Literarios y Magistra en Literatura Latinoamericana de la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá. En la actualidad es coordinadora y docente de tiempo completo en la universidad La Gran Colombia.

Abstract

The genre of travel literature at the beginning of the 20th century in Colombia puts into question once again the regional debate that exists within the process of nation building, as evidenced through the imaginary. The imagined, generally containing stereotypes, has been constructed by certain regions and withstood time as established referents in the collective memory of Colombians. This article examines these presuppositions through the analysis of two travel books: *Journey on Foot* by Fernando González, and *Four Years Aboard Myself* by Eduardo Zalamea. Both works treat the remote geography and frontiers of the country during this period.

Keywords: travel, literature, Colombia, regions, Fernando González, Eduardo Zalamea, 20th century.

“El poder está relacionado con la representación”
John Beverly, *Subalternidad y Representación*.

Introducción

Narrar el viaje, como testimonio de una experiencia de vida, ha ido conformando una forma de escritura ligada al desplazamiento, al movimiento; dicha forma de escritura se ido modificando, adaptándose a los intereses y necesidades de los hombres de todas las épocas. Han sido los relatos de viaje una fuente relevante de información y descubrimientos, sobre la vida y la cultura de los pueblos. Latinoamérica no ha sido la excepción, la narrativa de viajes en el continente ha tenido una especial relevancia dentro de los procesos de construcción de la memoria y la identidad del continente, gracias a que se muestra como

un lugar indicado para explorar geografías e imaginarios donde poder develar en lo que nos hemos convertido con el paso de los siglos. De igual manera, su vigencia y permanencia está vinculada a todos los asuntos y problemáticas sociales de violencia, desplazamiento y migración; fenómenos presentes en la vida de los latinoamericanos y que seguramente serán ejes importantes para la permanencia del género de la literatura de viajes.

Al aproximarnos a la literatura de viajes en Colombia, el panorama del siglo veinte se muestra alentador y con numerosas obras que tienen el viaje como centro de sus argumentos.¹ La figura del viajero se establecerá en la escritura y será la que propicie nuevos interrogantes en la discusión de la construcción del país; la presencia del viajero en la narrativa de viaje



¹ Entre algunos ejemplos tenemos la novela *De sobremesa* de José Asunción Silva; *La vorágine* de José Eustasio Rivera; *La otra raya del tigre* de Pedro Gómez Valderrama; *El buen salvaje* de Eduardo Caballero Calderón; *Fugas o Biografía de un embustero* de Óscar Collazos; *El viaje triunfal* de Eduardo García Aguilar; *Amares, del Mar Verde al Mar de los Caribes* de Arturo Echeverri Mejía; la saga novelística de Magroll el Gaviero, *Mambrú* de R.H. Moreno Duran, entre muchas otros libros de viaje que nacerán en el siglo veinte en el país.

colombiana será la que ponga en la balanza las dicotomías culturales que van a estar presente en la vida social y política del país, incluso hoy día –civilización y barbarie, cultura europea y cultura americana, metrópoli y colonia, centralismo y provincia-para desarrollar más adelante una visión del país más compleja, donde la búsqueda de los orígenes posibilitaría desarrollar aspectos narrativos que evidencien los pliegues heterogéneos y diversos que amparan nuestra identidad.

Se escogió para esta investigación dos novelas de viaje, ambas publicadas con cinco años de diferencia y que se convirtieron en motivo de crítica y censura por parte de los estamentos del poder de la época. La primera novela es escrita por el escritor y pensador antioqueño Fernando González (1895- 1964). *Viaje a pie*, narra el periplo del autor por regiones colombianas como: Antioquia, Caldas, Quindío, Valle del Cauca, donde finalizará su viaje al llegar al mar pacífico. El viaje lo realizó acompañado de su amigo y secretario Benjamin Correa, en un periodo de 45 días. Fernando González es considerado hoy día uno de los pensadores más importantes del siglo XX en Colombia; influyó a futuras generaciones de jóvenes, entre los que se encuentra el creador del movimiento Nadaísta Gonzalo Arango. *Viaje a pie*, fue publicado en el año de 1929, el libro fue prohibido de inmediato por el arzobispo de Medellín y catalogado de herejía; razón por la cual, quien lo leyera estaría incurriendo en pecado mortal.

La segunda novela que se trabajó en esta investigación es *Cuatro años a bordo de mi mismo* del escritor bogotano Eduardo Zalamea Borda (1907- 1963). Alrededor de sus diecisiete años, Eduardo Zalamea viaja a la Guajira donde permanecerá durante cuatro años; luego retorna a su natal Bogotá e ingresa a trabajar como reportero del periódico *La tarde*. Estando en dicho periódico publica un poema llamado: *Bahíahonda* y una crónica denominada: *Memorias de Uchi Siechi Kuhmaré*. Ambas publicaciones son un antecedente de lo que será su primera novela: *Cuatro años a bordo*

de mimismo, que escribirá entre Mayo de 1930 hasta Enero de 1932, como un testimonio de esos cuatro años de vivencias en la Guajira Colombiana. Esta novela se publicó en el año de 1934. En un primer momento su lectura no es bien acogida por el público crítico quien no dudó en catalogarla de pornográfica; fue necesario que transcurrieran años para que su lenguaje y técnicas de escritura fueran valoradas por su carácter innovador. Eduardo Zalamea trabajó como periodista y diplomático. Su pensamiento quedó inscrito en los principales periódicos del país. En el periódico el espectador escribió una columna durante muchos años llamada: *La ciudad y el mundo*. Esta columna fue bastante leída por todos los sectores de la sociedad, Eduardo Zalamea la firmaba con el seudónimo de Ulises.

La narrativa de viajesnos lleva a la irremediable postulación de dos actantes al extremo de su configuración: el sujeto que viaja y los sujetos que lo reciben llamados: locales, nativos, residentes, visitados.

La narrativa de viajesnos lleva a la irremediable postulación de dos actantes al extremo de su configuración: el sujeto que viaja y los sujetos que lo reciben llamados: locales, nativos, residentes, visitados. En esta “dialéctica” entre visitados y viajeros se establecieron las temáticas a trabajar en la presente investigación. El problema de la representación, de cómo se testimonia y visualiza al otro: residente, visitado, es uno de los asuntos primordiales del género de la literatura de viajes. Este reto de la representación recae en el escritor viajero, en sus intereses, en sus búsquedas e intencionalidades frente al hecho de la escritura. Por ende, la construcción de la representación es problemática puesto que está asociada a los patrones sociales, valores, lugar de enunciación, sexo, educación, del escritor viajero. Asuntos que

condicionan y permean el discurso narrativo. Desde esta situación se plantearon las preguntas de investigación:

¿Cómo está configurada en estas dos novelas de viaje, la relación entre el escritor viajero y los visitados; como se perfila o se construye en el discurso narrativo la representación del país, teniendo en cuenta conceptos como, alteridad, exotismo, diferencia ?

La importancia de visualizar en las novelas los nexos y formas de relación entre los viajeros y los visitados, lo mismo que la manera de representar del viajero, es intentar visualizar como se construye la visión del país a través de las regiones. Un país extenso, heterogéneo y con una enorme diversidad cultural, pero que se ha imaginado y simbolizado desde el centralismo de las capitales. Lo que ha permitido que se desconozcan y se silencie la voz de ese otro país, invisible y marginal de las regiones y provincias. Por esto, la investigación buscó poner en contraposición dos discursos: el del viajero proveniente de la ciudad y los visitados que hacen parte de las culturas regionales, para así establecer las representaciones que se construyeron a través del encuentro entre ambos y cómo esta representación se manifiesta en la consolidación de una visión generalizada y universalista de la nación colombiana.

Ningún intento o voluntad de representación surgido del territorio del viaje es gratuito o surge porque sí, sino que involucra aspectos fundamentales de la conciencia y la individualidad del viajero. La crítica Nara Araujo afirma: “El relato de viaje entonces no es simplemente el testimonio ingenuo o inocente, sino la (re) construcción de una experiencia de vida y del encuentro con un mundo otro.”(Palmero,1009)En este caso, ese mundo otro con que se enfrenta el viajero es la Colombia de las regiones, de los mestizos, de los negros, de los indígenas. Por tanto, volver sobre estas obras es intentar comprobar a través de la representación del viajero no sólo el aporte que hicieron en esa visualización de país; sino sus fallas, sus prejuicios y resistencias, frente al

ese mundo visitado que también es el país de origen de los viajeros.

Muchas son las problemáticas que intervienen en la formas de representar ese mundo del otro y que involucran al viajero cuando intenta realizar en el testimonio escrito una representación de los visitados; algunas de estas problemáticas son comunes en las dos obras que escogí –a pesar de estar escritas en formatos diferentes *Viaje a pie* con un carácter testimonial y directo y *Cuatro años a bordo de mi mismo*, con el soporte de un armazón ficcional – ya que ambas novelas, por ejemplo, están narradas por voces masculinas y letradas, que invaden todo el ámbito del relato e influyen de manera marcada en la forma de testimoniar y experimentar a esos otros.

Existen otros aspectos que interviene en la representación y la problematizan, en este caso, ambos escritores viajeros salen de la ciudad asfixiante al mar salvador y liberador. Por lo que ambos itinerarios se dirigen hacia dos regiones periféricas de Colombia, que desembocan en las dos arterias fluviales del país: el Caribe y el Pacífico. Por tanto, el desplazamiento surge como huida de la ciudad centralizada a la provincia periférica, lo que hace que el lugar de enunciación de los viajeros esté determinado por sus lugares de origen en este caso: Bogotá y Medellín. De esta manera, el asunto de la representación está intervenido por el fuerte vínculo de los escritores viajeros con instancias de privilegio: género, situación intelectual, lugar de origen, entre otras. Dichas situaciones socioculturales de los viajeros influyen y son determinantes a la hora de testimoniar la realidad de las regiones visitadas. Todos estos vicios y condicionamientos que intervienen en el proceso de representación fueron objeto de análisis en la investigación.

De igual forma se intentó dar respuesta a cuestionamientos tales como: ¿Cuál era la idea de país que tenían los viajeros? ¿Cuál era la visión que tenían de las regiones que visitarían? Todos estos presupuestos son importantes de tener en cuenta, puesto que las ideas y preconceptos

que el viajero tiene de los lugares y culturas que visitará son determinantes a la hora de construir la representación, ya que modifican o mantienen los imaginarios con los que se les había representado en el pasado.

En la construcción de la representación que hace el viajero de las regiones visitadas, se atraviesan, como se había mencionado antes, conceptos importantes como: alteridad, exotismo, diferencia, que merecen ser tenidos en cuenta puesto que contribuyen en la construcción del imaginario cultural de las regiones que el viajero desea mostrar a los emisores directos del relato y que muchas veces son una muestra de cómo la forma de interactuar entre los viajeros y los visitados contribuye en el testimonio de dicha representación. Estos conceptos o tópicos, se analizaron con el objetivo de trasladar sus funciones en el discurso y develar su aporte e influencia en la construcción de la representación que el viajero hace de los visitados.

La hipótesis que se postuló frente a las preguntas de investigación es que la relación entre los viajeros y los visitados se da en márgenes de franca lejanía y desigualdad, lo que conlleva a que la representación que construyen los viajeros de las regiones visitadas continúa perpetuando la imagen negativa que tiene el hombre letrado de la ciudad sobre las regiones periféricas. Dicha representación se da bajo presupuestos y generalizaciones que el viajero enuncia y elabora en la escritura y que contribuyen a mantener los estereotipos de los siglos anteriores, donde el retraso, la ignorancia, el salvajismo y la violencia son las cualidades inamovibles de la provincia colombiana. De esta manera se continúan asumiendo como “verdades” los prejuicios culturales que no contribuyen al conocimiento de las regiones sino que las siguen asumiendo como “estados inferiores” en relación con el mundo de la ciudad, centralizado, letrado y masculino, representado por los escritores viaje.

La metodología trabajada en la investigación fue principalmente de análisis textual, las novelas y su contenido narrativo: recursos narrativos, discurso del viajero, acontecimientos, descripciones, imágenes, entre otros, fueron las herramientas centrales de la investigación.

Metodología

De viajeros y visitados: la cuestión de la representación en la narrativa de viaje

La metodología trabajada en la investigación fue principalmente de análisis textual. Ya que las novelas y su contenido narrativo: recursos narrativos, discurso del viajero, acontecimientos, descripciones, imágenes, entre otros, fueron las herramientas centrales de la investigación. La perspectiva crítica desde donde se asumieron los conceptos teóricos trabajados, está ligada a los debates actuales del género de la literatura de viajes, tomados desde una perspectiva cultural y poscolonial, siempre propicia cuando nos referimos al estudio de la narrativa de viajes en Latinoamérica.

Ante todo se quiso realizar una lectura crítica de las obras, donde se dejara de lado, lo que Mary Louise Pratt llama “mimesis crítica” y que surge de la extrema identificación con el sujeto viajero, muy común en los análisis de este tipo de literatura; para así poder ver ampliar el espectro crítico, no sólo valorando al viajero y su posición en el relato, sino incluyendo todos esos elementos, por fuera del viajero, todo lo que está al otro lado de la balanza: el mundo que recibe al viajero, que lo confronta y lo obliga a la interrelación: “Cada relato de viajes tiene su propia dimensión heteroglosica: su conocimiento no surge de la sensibilidad y el poder de observación de un viajero sino de su interacción y su experiencia habitual, dirigidas

En la representación encontramos relatos perfiles y rostros de pueblos y culturas; estas identidades se organizan y se elaboran en la escritura como un supuesto de “realidad” y “verdad”.

y controladas por los “viajados”, quienes trabajan desde su propia comprensión del mundo.” (Pratt, 239)

Es por esto que se hace necesario descubrir y nombrar las conexiones y los encuentros donde viajeros y visitados se compenetran, como otra posibilidad para comprender de una forma más totalizante la propuesta del relato de viaje; cómo se manifiesta el mundo de esos “viajados”, su voz, su presencia implícita o explícita dentro del relato. Este mundo visitado -asimilado en esta investigación como la regiones, los sujetos, los espacios geográficos- permea y altera la representaciones que los sujetos viajeros realizan en sus obras sobre las regiones.

De igual forma, se quiso vincular a la investigación el problema de la representación, que es uno de los asuntos primordiales que atraviesa en el género de la literatura de viajes. En la representación encontramos relatos perfiles y rostros de pueblos y culturas; estas identidades se organizan y se elaboran en la escritura como un supuesto de “realidad” y “verdad”. Sin embargo, no son más que creaciones que los sujetos, en este caso el sujeto viajero, instauran como nociones privilegiadas de los territorios viajados.²

² En la construcción de la representación que hace el viajero de las regiones visitadas se pueden presentar rasgos de exotismo; este concepto ha sido largamente analizado por los críticos del género de la literatura de viaje. Tzvetan Todorov, enfoca su estudio a las relaciones y actitudes del exotismo entre viajeros y visitados y como estas a su

La “realidad”, que se enuncia en la escritura como producto de una construcción, aparece representada (codificada, como afirma Stuard Hall) en el lenguaje escrito; lo que significa que no es un asunto que se da de forma natural o espontánea, sino que es producto de una elaboración, no importa cuánto estemos acostumbrados a esas representaciones o códigos: “La operación del código naturalizado revela no la transparencia y ‘naturalidad’ del lenguaje escrito sino la profundidad del hábito y la casi-universalidad de los códigos en uso.” (Hall, 1980, p. 4).

Es por esto que en nuestro papel de lectores y críticos, la comprensión y el análisis de los códigos representados en el lenguaje implica el desentrañamiento de lo que dichas representaciones de la realidad nos están presentando. Las ideologías se interceptan en el discurso escrito, afirma Hall, alterando la recepción y los significados. Dichas ideologías se sostienen en el discurso para ejercer dominio y poder: “Cualquier sociedad o cultura tiende, con diferentes grados de clausura, a imponer sus clasificaciones del mundo político, social y cultural. Estas constituyen el ORDEN CULTURAL DOMINANTE aunque nunca sea unívoco o no contestado.” (1980, p. 6).

Este asunto o problema de la representación de las culturas es planteado por Edward Said en el prólogo de su libro *Orientalismo*. En este prólogo, Said formula un concepto interesante a la hora de asomarnos a este tema. Es el concepto de “autoridad intelectual”. Para Edward Said todo viajero que desee enfrentarse a los retos de la representación, debe sentirse portador de una “autoridad”, que a la vez embarga todos los condicionamientos que el sujeto carga consigo: situación social, histórica y cultural. “La autoridad no tiene nada de misterioso o

vez, modifican y problematizan las vivencias de la alteridad: Los mejores candidatos al papel ideal exótico son los pueblos y las culturas más alejadas y más ignoradas. Pero, el desconocimiento de los otros, la negativa a verlos como son, difícilmente pueden considerarse formas de valorar . (Todorov, 306)

natural; se forma, se irradia y se difunde; es instrumental y persuasiva; tiene categorías, establece cánones del gusto y los valores; apenas se puede distinguir de ciertas ideas que dignifica como verdades y de las tradiciones, percepciones y juicios que forma, transmite y reproduce.”(Said, 43)

El escritor viajero no puede escapar de esta “autoridad” a la hora de querer representar, describir, lo que ve y en esta acción de representación no puede evadirse de una toma de posición frente a lo que desea representar y cómo lo desea hacer. Resultado de esto es que debemos descartar la verdad unívoca, un “gran original” –como dice Said– de las culturas. Ya que no hay “versiones naturales o reales de las culturas ” hay representaciones.

Ahora bien, la propuesta de Said es que esa “autoridad” se puede analizar y es una opción que él mismo utiliza en su análisis del “Orientalismo” y como éste se fue construyendo en las visiones de escritores, poetas e historiadores, hasta conformar una visión generalizada y estereotipada sobre Oriente. Cuando Said se enfrenta al análisis de los textos orientalistas, parte de este principio, tomando dichas representaciones como representaciones y no como “retratos naturales” de Oriente; su propuesta es analizar en los textos aspectos como “...el estilo, las figuras del discurso, las escenas, los recursos narrativos y las circunstancias históricas y sociales, pero no la exactitud de la representación ni su fidelidad a algún gran original.”(2004, p. 45). A través de estos recursos textuales deduce que el “poder y el conocimiento” están ligados a esa “autoridad” de la que se cree poseedor el sujeto viajero, que ha construido y sigue construyendo representaciones estandarizadas de las culturas.

Por tanto, estas directrices de análisis se tomaron en cuenta en las novelas para poder rastrear esos vicios de autoridad en el discurso del viajero y, a la vez, intentar esclarecer la manera como está construida la representación de las regiones.

Regiones, discurso e ideología

En el libro *Viaje a pie* se observa una estructura más cercana al relato y lo anecdótico, se suplanta la trama por una estructura discontinua, donde escasean los recursos descriptivos o informativos sobre los lugares visitados. En *Viaje a pie*, encontramos sobre todo el relato de un viaje, un relato que expresa no sólo la evidencia de un recorrido, sino una posición política y social frente a la Colombia de la época.

El viaje es contado por la voz narrativa de Fernando González, autor, narrador y viajero. La siguiente es la ruta elegida: “El viaje se define así: Medellín, El retiro, La ceja, Abejorral, Aguadas, Pácora, Salamina, Aranzazu, Neira, Manizales, Cali, Buenaventura, Armenia, Los Nevados, a pie y con morrales y Borbones.” (*Viaje a pie*, 13) El viaje es realizado en la temporada vacacional, entre diciembre de 1928 y enero de 1929, lo que nos lleva a pensar que el viaje no interfiere ni va en contra de una vida estable de familia y trabajo convencional; no es un viaje que fracture la vida o que instaure una ruptura con el entorno del viajero, es un viaje que ha sido planeado y trae marcados ciertos límites, precisamente porque la vida convencional espera.

Como lo habíamos mencionado antes, todo viajero necesita apropiarse de cierta autoridad para escribir, relatar y representar los



territorios visitados. En el caso de *Viaje a pie*, la voz narrativa busca amparo en el conocimiento intelectual, que se vuelve su arma más eficaz, para construir la “autoridad” necesaria, para que su discurso adquiriera peso en los círculos sociales letrados que seguramente lo leerán y que están bajo su mirada crítica. Las continuas frases en latín, los referentes filosóficos, literarios y religiosos, son algunos de los ejemplos que evidencia la apropiación de dicha autoridad discursiva en la voz del sujeto viajero.

Cada situación del viaje se vuelve propicia para exponer el saber intelectual, como por ejemplo, al hablar de la mujer serrana: “Aquella falta prensada! (...) No queremos descubrir lo que podrían acusarnos de corruptores de la juventud, como lo hicieron con el maestro Sócrates”. (González, 1989, p.32). De igual forma ocurre, con los referentes religiosos, que también son numerosos en el discurso del viajero y que servirán como instrumento para validar los cuestionamientos del viajero al sistema eclesiástico de su época: “La religión es el miedo a las fuerzas ocultas, el miedo a la muerte, aparece allí desde la forma bárbara del Dios escondido que hablaba a Moisés en la zarza ardiente(...)”(González, 1989, p.132). Todos esos referentes de uso y conocimiento intelectual, logran que el yo viajero, se embista de autoridad, a la vez que limitan el acceso del contenido del libro a la clase dirigente de la época tiempo, ya que serán precisamente, el poder político y eclesiástico, los “emisores exclusivos” para los que se escribe, son ellos el símbolo de alteridad de la voz narrativa.

El país que los viajeros recorren comienza con la montaña andina y termina en el océano Pacífico, del camino cerrado y oscuro al camino abierto y dispuesto, ambas tipografías

se asumen como antagónicas y contrarias y convierten en el panorama que se muestra del país. Durante el desplazamiento, los viajeros se tropiezan y se confrontan con una variedad de situaciones y personajes, dos figuras regionales se resaltaron en el relato: El pueblo andino y la región pacífica. El pueblo andino, se muestra como símbolo de retraso, ignorancia y falta de libertad; el partido conservador y la iglesia anidan en él para confirmar su poder. La región es representada como la que soporta y sostiene el pensamiento de la época: “Colombia es el país del diablo y eso se puede ver en los pueblos andinos, donde sus habitantes, envueltos en ruanas, viven melancólicos esperando la vida eterna.”(González, 1989, p.145)

La región pacífica, al principio del viaje se mostraba como una alternativa, se anhelaba como búsqueda de nuevas formas de vivir y de pensar, solo se avala en cuanto en cuanto representa un respiro al cuerpo y una opción climática para experimentar nuevas sensaciones. Pero no cuenta como una opción de forma de vida, como forma cultural, ya que el ideal de progreso, sigue presente en el discurso viajero hasta el punto de infantilizar la condición de las regiones, del país, del continente: “Nuestro plano de conciencia es aún muy inferior”, “es joven nuestra América”. (González, 1989, p.134)

La intencionalidad del viaje, está sujeta a ser motivo de ruptura para con el pensamiento, las creencias y la vida social de la época. De igual forma el viaje dio la posibilidad de mostrar y exponer la necesidad de construir un ideal de país, pero no de encontrarlo o descubrirlo durante la ruta; por esto, la sensación que se percibe al final sigue siendo de desesperanza y pesimismo.

El libro *Cuatro años a bordo de mí mismo*, como novela de viajes, estaría cumpliendo con las dos condiciones que, para la crítica Sofía Carrizo, serían primordiales para hablar de literatura de viajes: por un lado, la evidente exposición en la novela de elementos

Cada situación del viaje se vuelve propicia para exponer el saber intelectual

El pueblo andino, se muestra como símbolo de retraso, ignorancia y falta de libertad; el partido conservador y la iglesia anidan en él para confirmar su poder. La región pacífica es representada como la que soporta y sostiene el pensamiento de la época: “Colombia es el país del diablo y eso se puede ver en los pueblos andinos, donde sus habitantes, envueltos en ruanas, viven melancólicos esperando la vida eterna.

ficcionales, donde personajes, situaciones y acontecimientos se unen para construir una historia dramática, y donde se puede rastrear la clara motivación por la espera de un desenlace; y por otro lado, la descripción como un elemento dinamizador de la historia, que si bien no está asumiendo una función meramente informativa, si está ambientando, contextualizando y enriqueciendo todo el relato de viaje. En la novela se puede leer y percibir el entorno, el mundo visitado como entorno, gracias al contacto del ojo con las cosas: los ojos están presentes para descifrar el humor y los contornos de los objetos, de los rostros, etc. Esto se demuestra de forma reiterada en la narración gracias al aporte de descripciones, que generan ambientes detallados, atmósferas climáticas y perfiles de personajes.

Como novela de viaje, el motivo narrativo central gira entorno a un desplazamiento, el periplo de un sujeto viajero por los puertos caribeños y guajiros de la costa atlántica colombiana, a principios del siglo XX. El viajero parte de Bogotá a la Costa Caribe y vivirá en algunos puertos de la Guajira alrededor de cinco años, para más tarde retornar a su natal Bogotá.

Dentro de la totalidad del viaje se realizan diferentes viajes: unos lugares serán de tránsito para el viajero, como Cartagena, Puerto Colombia o Riohacha, lugares aún demasiado poblados, por tanto no se asumen como portadores de su ideal de búsqueda de la Guajira hiriente y sin civilización; el viajero pasa por ellos, los recorre como lugares aún expuestos

por los dominios de lo civilizado y, por esto mismo, carentes de interés en su anhelo por encontrar la “aventura de la vida”. Otros lugares serán testigos de una mayor permanencia del viajero, como los puertos guajiros de El Pájaro, Manaure y Bahiahonda. Este último es el puerto donde el viajero permanece más tiempo y el más lejano al norte de la península. Allí el viajero vive los rigores del más fuerte de los climas, y del hambre, y es testigo de un último hecho trágico: el suicidio de Víctor, la infidelidad de Lolita, a través de los ojos de su hijo.

En la novela, la representación de las regiones y de sus habitantes se construye desde la búsqueda personal del viajero, una búsqueda que se planteó en el relato, desde su deseo interior de experimentar la aventura, la vida en toda sus posibilidades, y esta búsqueda se sostiene, y se revela, en la narración de viajes, a partir de todos los acontecimientos de los que el viajero va a ser testigo en la Guajira: sucesos trágicos de muerte, suicidio, traiciones amorosas y sexualidad sin límites.

La Guajira representada como región “no civilizada”, y por tanto desnuda y franca, hace que su territorio sea relacionado con estos actos trágicos: “Allá enfrente, están la civilización y la mecánica. Aquí, la tragedia y el dolor y la desnudez y el hambre y la miseria, se extienden hacia el Norte en una gran mancha de ocre y verde.” (Zalamea, 1960, p. 241). “Allá estaba la vida verdadera, dura y desnuda como una piedra. Allí estaban las mujeres desnudas, los hombres francos, los peligros simples y con los

dientes descubiertos. Aquí está todo velado, escondido, falsificado.” (Zalamea, 1960, p. 243). Es por esto que la representación de la región parte de un deseo personal, puesto que se elabora desde la motivación juvenil de encontrar y experimentar su imaginario de la vida y el amor, ya que su ciudad de origen no

mostraba signos de permitir estas excentricidades y excesos vitales; en la Bogotá andina de las montañas frescas, en la ciudad con ífulas de orbe gigante, de los poetas, de los automóviles y las mujeres cubiertas, al parecer no suceden estas tragedias, estas aventuras sexuales, estas muertes súbitas.

Resultados

Luego de realizado el análisis de las obras, desde algunos presupuestos del género de la literatura de viajes como son: formas de representación, retóricas del viaje y tópicos de alteridad, enmarcados como se mencionó antes, en una perspectiva culturalista y poscolonial, se pudo concluir lo siguiente:

En el discurso narrativo de viajes de principios de siglo XX, continúa permaneciendo la huella de los grandes discursos que el siglo XIX promovió en el país,³ donde la representación de las regiones, sobre todo los territorios costeros del Caribe y el Pacífico, se mostraba reducida –y aunque no de forma evidente y abierta –a la imagen de regiones meramente portadoras del placer físico y sexual para los viajeros, y donde el vivir diario de sus habitantes se debate en la confrontación con la muerte, con el asesinato,

el suicidio, la infidelidad y la traición, es el caso de los puertos guajiros.

En *Viaje a pie* esta representación se mimetiza entre tantos presupuestos de “verdad” sobre el país que el viajero promueve en su discurso, pero puede evidenciarse cuando el viajero tan sólo percibe en la Costa Pacífica, la región negra y mulata, un territorio del disfrute, del sensualismo corporal y el ocio, y no una región que pueda brindar una alternativa dentro de su búsqueda de una Colombia auténtica y propia.

Este valle sensual del Cauca se extiende ilimitado al sur entre dos cordilleras laterales poco elevadas; el tren recorre una recta bordeada de guaduales, cacaoales e inmensas praderas; en las casas de las dehesas se ven tirados en el suelo, adormecidos por el calor, esos negros de voz triste, dormilones y de alma hermética, para quienes la tierra no existe sino la palmera; sus mujeres son palmeras; se les pregunta por el nombre de los árboles y contestan: “Eso es una palmera”. (*Viaje a pie*, 250)

Se empieza a visualizar la vida de los nativos de la región, en su mayoría negros, que la voz narradora representa bajo los parámetros de lo cerrado y flojo, haciendo permanecer la concepción de una raza sin ideas, ni lógica, meramente dedicada al correr del tiempo, tal vez un poco idiotizados por la inclemencia del clima. Cuando el viajero los señala como herméticos, es como si asumiera que son impenetrables y que cualquier acercamiento sería vano; tampoco se desea averiguarlo, se conforma con la simple imagen de lo que

³ Según Edward Said, en el siglo XIX los pensadores y viajeros “conciben la humanidad en términos de grandes colectividades o generalidades abstractas.” (Said, 155) Colombia no será la excepción: fue el siglo XIX, en el proceso de construcción nacional de la república, cuando las élites criollas instauraron los grandes discursos sobre las regiones del país. Estos discursos estarían marcados por teorías de superioridad climática y geográfica, donde unos climas y geografías del país primaban sobre otros. La región andina, por su raza “mestiza y blanca”, por su clima “benévolo”, donde los hombres sí pueden desarrollar su pensamiento intelectual y adiestrar su temperamento, se consideraba la región ideal para concentrar el centro de los poderes del Estado y la “vida civilizada”. Por el contrario, las tierras calientes, los llanos, las selvas y mestizos; su clima al extremo caluroso y soleado era considerado propicio para afianzar las pasiones sexuales, el ocio y la barbarie traducida en todos los excesos del temperamento.

observa, igual sucede con la mujer negra, que incita y activa la tentación sensual: “la negra lustral nos tentó. El Diablo nos susurraba al oído: ‘Sólo hundir los dedos en esa carne dura y luego retirarlos para percibir cómo resurge, se devuelve; únicamente acariciar esa piel vivísima, correr la palma de la mano y las yemas de los dedos por las curvas.’” (*Viaje a pie*,250).

En *Cuatro años a bordo de mí mismo*, estas representaciones se disfrazan de exotismo, un exotismo que no es otra cosa que una forma sofisticada del uso, ya que el viajero no establece una relación de alteridad y diálogo con la región, sino una relación de oposición con ella: lo que la Guajira como región tiene de diferente, a su lugar de origen, a sus costumbres y valores.

Las proyecciones sobre lo que se encontrará en la Guajira, el imaginario que se ha concebido y añorado con anterioridad se expresa cargado de un idealismo exótico: “Vamos a la Guajira, a la tierra salvaje, a la vida limpia, blanca, sin civilización y sin vestidos” (*Cuatro años a bordo de mí mismo*,36). La Guajira es exótica y primitiva desde el punto de vista en que ella, como región imaginaria, aún se opone al mundo conocido y civilizado que le es familiar al viajero. La categoría de exótico se alimenta de dualidades simples, donde lo importante es afianzar cuan distantes están el mundo natural que se espera encontrar y el mundo del artificio citadino que se está abandonando, para así justificar el viaje. La Guajira, tierra de calor, de mar y sol, tierra primitiva y natural, es un todo homogéneo, una totalidad que se construye desde sus historias de muerte y, por supuesto, de traición y sexualidad desbordada.

De igual modo sucede con los indígenas Wayúu, nativos de la Guajira, que son representados en la novela como ladrones y peligroso asesinos; sus costumbres de intercambio y trueque son observadas con recelo, como simples acciones oportunistas y las indias son representadas como mujeres perversas, que engatusan a los hombres, mujeres siempre “fáciles” y dispuestas a la sexualidad.

Las categorías que distancian y ponen en condiciones superiores al hombre “civilizado” del “salvaje”, se siguen promoviendo y evidenciando en el discurso de estos viajeros, así como estuvieron presentes en casi todos los viajeros del siglo XIX, en su mayoría extranjeros, que visitaron también diversas regiones del país. Los viajeros de estas obras, pertenecen a los dos centros “capitalinos” y “andinos” (Medellín en el caso de Fernando González y Bogotá en el caso de Eduardo Zalamea) más importantes del país, desde donde se dictan los valores y las conductas al parecer apropiadas y ejemplares, para el resto del país; son ellos los que se autorizan a sí mismos para viajar –que ya es un acto de privilegio– y representar a las regiones en sus relatos, regiones de las cuales se sienten y se proclaman distantes y apartados, ya sea por su “capacidad intelectual”, su “lucidez” y “conocimiento” frente a la situación del país, como ocurre en *Viaje a Píeo* por la moderación, el recato, que muestra y dice tener en sus acciones (en su capacidad de mantenerse al margen de los excesos) el viajero de *Cuatro años a bordo de mí mismo*.

Es así como, en el libro *Viaje a pie* encontramos lo que se podría denominar un viaje “cerrado”, en contraposición al viaje iniciático y de transformación interior, donde el papel



que juega la alteridad es indispensable para movilizar condicionamientos o instaurar nuevos patrones de vida, en vía de un posible cambio en la mentalidad o en la vida misma del viajero. En este caso, lo cerrado supone una relación no establecida con el otro, donde el desplazamiento necesariamente no significa una confrontación con la naturaleza del otro, con sus formas de vida, con sus costumbres y creencias, ya que el otro tiene poca o ninguna posibilidad de mostrarse, de exponer sus criterios. Tampoco se intenta o se busca un acercamiento a ese visitado, no se intenta escucharlo, sino por el contrario, lo que desea la voz narradora es ser escuchada, ser comprendida para, de esta manera, reafirmar sus motivos y creencias.

En el caso de *Cuatro años a bordo de mí mismo*, la moderación y el recato se muestra claramente en el viajero, al nunca plantearse una relación más allá de lo meramente sexual con las indias. El viajero va a presenciar la

aventura y el peligro, como testigo, no ha de ser parte de él; sus acciones, si las detallamos, son medidas y discretas. No compró una india porque pudo resultar herido o muerto por los indios, exceptuando solamente el caso con Enriqueta, la mujer de Luisito, donde la embriaguez y la noche lo vencieron, por primera vez, y lo llevaron acostarse con ella, una mujer por fuera de su prototipo femenino y que además es mujer de otro hombre: “Después de los excesos alcohólicos, se hace más intensa, más insaciable, más impaciente... Tal vez por eso... Pero no... ¡Para eso están las indias que no producen tanto asco! Y sin embargo, son dulces sus besos...” (*Cuatro años a bordo de mí mismo*, 110).

De esta manera, se pudo evidenciar que el género de la literatura de viajes, en estos inicios del siglo XX, aún se encuentra repitiendo y recreando algunos de los discursos categóricos y universalistas del siglo pasado sobre las regiones del país.

Podemos concluir que, en el género de la literatura de viaje a principios del siglo XX en Colombia, el viaje, y la narrativa que se crea a partir de él, se toma como un lugar de enunciación “adecuado y novedoso”, por su cualidad de distanciamiento del centro social familiar

La literatura de viajes y sus aportes al pensamiento de la época

De igual manera, podemos concluir que, en el género de la literatura de viaje a principios del siglo XX en Colombia, el viaje, y la narrativa que se crea a partir de él, se toma como un lugar de enunciación “adecuado y novedoso”, por su cualidad de distanciamiento del centro social familiar, posibilitando que el viajero ejerza su capacidad de cuestionamiento, gracias precisamente a ese estar y sentirse por fuera de su lugar de origen. Es así como, también la narrativa de viajes, gracias a su estructura autoreferencial, genera un espacio desde donde exponer y producir pensamientos, confrontando los estamentos de poder,

problematizando diversos aspectos del presente cultural y social del país, y posibilitando un lugar de diálogo entre la narrativa de viajes y la situación por la que atraviesa el país.

Como ocurre en *Viaje a pie*, donde el viaje se elige como plataforma idónea para la expresión de ideas, pensamientos y propuestas; en el relato se evidencian las inconformidades políticas y socioculturales del viajero con su tiempo. La experiencia de lo visitado, representado en lugares, topografías y sujetos, es aún tímida en el texto, como es poco evidente el desarrollo de una exposición descriptiva de

la otredad y del viajero mismo frente a ella. Sin embargo, la obra es como una puerta, donde se enuncian caminos alternativos y nuevos para la vida del país, y donde el pensamiento del viajero puede exclamar sus propuestas e inconformidades, para que otros puedan tomarlas; el viaje ayuda y propicia esta elaboración de pensamientos, teorías e ideas sobre el país.

Colgados allí, altos, nos pareció que era una posición propia para hablar de Colombia y de la castidad(...) Colombia está marchita como planta en verano porque no hay partidos políticos y únicamente hay ladrones que gobiernan sin concepto de patria, que es el de solidaridad con los que conviven bajo el mismo cielo(...) ley de elecciones justa y para todos. Está es una síntesis pragmatista de nuestro libro: Para crear caracteres y patria, y moral, y todo, es preciso una ley de representación proporcional de las aspiraciones, que están hoy ahogadas. ¡No hay opinión pública!” (*Viaje a pie*, 194).

En *Cuatro años a bordo de mí mismo*, la elección por el viaje está más ligada a la experiencia de lo vital, como si ya hubieran madurado las ideas y se pudiera cruzar la puerta, el umbral de lo conocido, para ir hacia la experiencia directa; ya no basta con el pensamiento y las ideas, sino que se hace necesario el contacto directo de lo otro, sujeto, topografía, espacio, cultura, etc.; es por esto, que el viaje aparece como la mejor opción para la búsqueda y el encuentro con el conocimiento de la vida y sus posibilidades. Es así como la escritura manifiesta este cambio en un atrevido y locuaz relato de los pormenores del viaje: las descripciones se sumergen más en los detalles de cuerpos y personalidades, la interioridad del viajero tiene más espacio en la narración, se expone más al juicio del lector.

También podemos concluir que, la narrativa de viaje, participa en la necesidad de construir algo colombiano, algo que nos sea propio y no exportado, para dejar al lado la dependencia y el apego a lo extranjero, casi siempre valorado

como mejor. Es así como, la narrativa de viaje, participa del deseo de fundar y seguir construyendo la nación, un propósito que se viene implementando desde las narrativas decimonónicas, y aún sigue presente en estos inicios del siglo XX. En *Viaje a Pie*, se muestra la importancia de generar ideologías propias, que nazcan en nuestros territorios, para así recuperar la dignidad y la autonomía de la que ha carecido el país hasta ese momento.

Cuando ya se van acercando al paisaje de las tierras del Valle del Cauca, el sentido de volver sobre lo propio parece volverse relevante y los viajeros parecen reclamarlo, desmantelando el mito de lo extranjero, casi siempre evaluado en el país como mejor y necesario: “¿Qué importan culturas extrañas? Pero en Colombia comemos lo que producen otros suelos, importamos qué leer y quien nos preste dinero y nos lo gaste, y también importamos quien nos enseñe la biografía de Bolívar.” (*Viaje a pie*, 254).

Por último, la narrativa de viajes ayuda a ampliar el panorama de las rutas geográficas del país, visibilizando la existencia de una Colombia de regiones, una Colombia no sólo mestiza⁴, una Colombia donde es inevitable reconocer la existencia de lo negro, lo mulato y lo indígena; empezamos a saber de la existencia del país multiétnico, multirracial, que habita en las regiones, aunque todavía ese reconocimiento es parcial e indirecto, y aún ciego frente al valor adecuado y merecido de estas culturas y etnias, que también conforman la nación. Sin embargo, la narrativa de viajes recoge estas geografías del olvido y las planta en la memoria, para mostrarlas al país lector y

⁴ “La idea de la naciente república, dotada de un mestizaje más o menos completo, ha servido para ocultar a los ojos de los estudiosos de la historia colombiana uno de los ejes centrales sobre los que giró la formación misma de la nación en el siglo XIX: el descomunal esfuerzo por someter y suprimir las razas negras e indígena del territorio patrio, y la construcción temprana, desde los textos fundacionales del pensamiento criollo colombiano, de una idea de nación brutalmente violenta y excluyente de las llamadas razas inferiores.” (Múnica, 40)

Por último, la narrativa de viajes ayuda a ampliar el panorama de las rutas geográficas del país, visibilizando la existencia de una Colombia de regiones, una Colombia no sólo mestiza, una Colombia donde es inevitable reconocer la existencia de lo negro, lo mulato y lo indígena; empezamos a saber de la existencia del país multiétnico, multirracial, que habita en las regiones.

letrado de los centros urbanos, y esto a pesar de los discursos dominantes y estereotipados de los viajeros, de su apuesta por seguir auto-proclamando y exaltando sus propios valores y costumbres, a través de sus representaciones sobre las regiones, donde se puede evidenciar más la representación de los centros capitalinos, de su poder y de sus valores sociales, que la cultura y la formas de vida de las regiones.

Por estas razones, y muchas más, los caminos para el estudio del género de la literatura de viajes en Colombia quedan abiertos y dispuestos, para que en sus futuras investigaciones se puedan introducir también el análisis de las narrativas regionales, donde sea posible descubrir y evidenciar la forma cómo las regiones del país se han mirado y se han representado a sí mismas, porque lo han hecho siempre, a pesar de todos los intentos por silenciar su voz. Entonces, ya las preguntas de investigación no se harían desde el centro hacia la periferia, de la ciudad hacia la región, de lo andino hacia las costas, llanos y selvas, sino desde los propios centros de significación de las regiones, que sean sus propias inquietudes las que se manifiesten: ¿Cómo y de qué manera nos hemos representado? ¿A través de qué lenguajes, símbolos y narrativas? Los descubrimientos podrían ser muy interesantes y nos darían la posibilidad de reevaluar la representación y los imaginarios de los discursos dominantes de poder, que estoy segura, aún persisten en los colombianos, sobre algunas regiones del país.

Son muchos los interrogantes que quedan por hacer en cuanto al desempeño y el aporte del género de viajes a la literatura y a la narrativa

del país, sobre todo en este país desgarrado por el desarraigo y el desplazamiento, donde diariamente muchos de nuestros conciudadanos son víctimas de migraciones forzadas. Este tipo de sucesos sociales y políticos tiene su incidencia en las narrativas de viaje y, aunque en esta investigación no se tocaron estas derivaciones del género, siempre más dolorosas y difíciles, son de vital importancia y ocupan un espacio en el desarrollo y el estudio del género en el país.

También se podrían direccionar muchos interrogantes, al presente actual de la narrativa de viajes en el país, a las obras que hablan sobre viajes y desplazamientos y que se han hecho en los últimos años; cuestionar, por ejemplo, si aún se siguen perpetuando en ellas las miradas del poder centralista y capitalino, si se continua excluyendo a las regiones del país, desvalorizándolas desde sus geografías y climas, desde su supuesto “atraso” e “ignorancia” con respecto a los centros del poder citadino y andino.

No podemos negar que, actualmente, también sigue estando presente el peligro de caer en estas versiones universales y estereotipadas de los pueblos, países o regiones, talvez aún más, gracias a los medios tecnológicos y de comunicación, que en forma arbitraria apoyan y promueven los grandes discursos sobre las culturas del mundo y pueden enaltecer o borrar la dignidad de un pueblo en un minuto, ante nuestros ojos impávidos, y muchas veces, ignorantes y ciegos.

De igual forma, la literatura no se salva de continuar perpetuando las “historias”

definitivas y finales sobre los pueblos y sus culturas; por esto, el reto de los que hacen y estudian la literatura de viajes es más grande aún, puesto que pueden apoyar estas historias “definitivas” y “verdaderas” o, también, pueden contribuir a profundizar y ampliar los criterios y opiniones sobre los otros: otros países, otras

regiones, otros continentes, otras comunidades y otros seres humanos; porque, como dijo la escritora nigeriana Chimamanda Adichie: “cuando rechazamos la única historia, cuando nos damos cuenta de que nunca hay una sola historia sobre ningún lugar, recuperamos una suerte de paraíso.” (Adichie, 2010).

Obras citadas

Adichie, Ch. (2010), “El peligro de una sola historia”, [en línea], disponible: <http://www.revistaarcadia.com/periodismo-cultural-revista-arcadia/ideas/articulo/el-peligro-sola-historia/22338>, recuperado: 10 de Octubre de 2010.

Augé, M. (1998), *El viaje imposible: el turismo y sus imágenes*, Barcelona, Gedisa.

Berverley, J. (2004), *Subalternidad y Representación*, Madrid, Iberoamericana.

Carrizo Rueda, S. (1999) “Analizar un relato de viaje. Una propuesta de abordaje desde las características del género y sus diferencias con la *literatura de viajes*.” en Beltrán, R. *Maravillas, peregrinaciones y utopías: literatura de viajes en el mundo romántico*, Valencia, 343-352.

Candelier, H. (1994), *Riohacha y los indios Guajiros*, [en línea], disponible en: <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/historia/riohacha/rioindice.htm>, recuperado: 10 de diciembre de 2010.

Corporación Fernando González-Otraparte. “Otraparte”, [en línea], disponible en: www.otraparte.org

Clifford, J. (1999), *Itinerarios transculturales*, Barcelona, Gebisa.

González, F. (1989) *Viaje a pie*, París, Le Livre Libre.

Hall, S. (1980), “Codificar y Decodificar”, en: *Cultura, media y lenguaje*, Londres, traducción de Silvia Delfino, [en línea], disponible en: www.nombrefalso.com.ar, recuperado: 10 de Noviembre de 2010.

Martínez, F. (2005), *El viajero y la memoria. Un ensayo sobre la literatura de viaje en Colombia*, Cali, Universidad del Valle.

Mcdowell, L. (2000), *Género, identidad y lugar. Un estudio de las geografías feministas*, Madrid, Cátedra.

Múnera, Alfonso, (2005), *Fronteras imaginadas. La construcción de las razas y de la geografía en el siglo XIX colombiano*, Bogotá, Planeta.

Palmero, E. (2006), “Poéticas del viaje en la narrativa de la alta modernidad: los pasos perdidos de Alejo Carpentier”, en *Revista de la Fundación universidad federal de Río Grande*, México, vol 10. núm.12, p.p 23- 34.

Peñate, J. (2004), “Camino del viaje hacia la literatura”, en Peñate, J. *Relato de viaje y literaturas hispánicas*, Madrid, Visor libros, p.p 13-29.

Pratt, M. L. (1997), *Ojos Imperiales. Literatura de viajes y transculturación*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes.

Rubio, P. (2006), “Nuevas estrategias en la narrativa de viajes contemporánea.” en Pimentel J. *Diez estudios sobre literatura de viajes*, Madrid, Instituto de la lengua española, p.p. 243-255.

Said, E. (2004), *Orientalismo*, Barcelona, Debolsillo.

Todorov, T. (1991), *Nosotros y los Otros. Reflexiones sobre la diversidad humana*, México, Siglo Veintiuno.

“Viajeros por Colombia” [en línea], disponible en: <http://www.lablaa.org/blaavirtual/historia/galeria/autores.html>, recuperado: 4 de agosto de 2010.

“Viajeros extranjeros en Colombia: siglo XIX”, (1970), Cali, Carvajal & Cia.

Zalamea, E. (1960), *Cuatro años a bordo de mí mismo. Diario de los cinco sentidos*, Bogotá, Compañía gran colombiana de ediciones.